JACINTO BENAVENTE

LA LOSA DE LOS SUEÑOS

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara en la noche del 9 de noviembre de 1911.

SEGUNDA EDICIÓN

Copyright by Jacinto Benavente. — 1922.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1922

LA LOSA DE LOS SUEÑOS

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

56

JACINTO BENAVENTE

LA LOSA DE LOS SUEÑOS

DRAMA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara en la noche del 9 de noviembre de 1911.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1922

MADRID.—Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSINA	Sra. Bárcena.
DOÑA ROSA	Srta. Piño.
LEONOR	— Pardo.
ESTELA	— Rosala.
DOÑA ANTONIA	— Alba.
AMELIA	— Illescas.
MATILDE	— Escudero.
UNA JOVEN	— Monero.
CIPRIANO	Sr. Muñoz.
DON PACO	— Palanca.
PEPE	— Manrique.
ADOLFO	— Barraycoa.
FÉLIX	— Romea.
ENRIQUE	— Vargas.
JOAQUÍN	— Mora (J.)
GERMÁN	— Carrere.
DON MANUEL	— Pérez Indarte.
UN JOVEN	— Mancha.
UN CAMARERO	— Mora (S.)
EL FOSFORERO	— De Diego.
OTRO CAMARERO	— Tordesillas.

ACTO PRIMERO

En un café madrileño, de los de piano y violín. Antes de levantarse el telón se oye la música del café, y termina poco después de levantarse el telón; están en escena D.ª Antonia y D. Manuel, sentados a la mesa del primer término izquierda; D.ª Antonia toma chocolate con bizcochos; D. Manuel, café. Pepe y Joaquín, sentados a las mesas del foro, escriben. Cuando ha terminado la música, salen por la derecha Félix y Germán, y vienen a sentarse a la mesa donde están Pepe y Joaquín.

PEPE. Muy bien, chicos, muy bien.

JOAQUÍN. ¡Qué hermosura!

PEPE. No hay más que un Bethoven.

GERMÁN. Sí, es muy grande.

FÉLIX. Pero el único no, cuidado. No hay que olvidar al otro tío.

JOAQUÍN. ¡A don Ricardo!

PEPE. Sí, sí, todo lo que queráis; pero no me toquéis a éste.

FÉLIX. ¡Hombre! ¿Tan mal lo hemos tocado?

PEPE. Chistes, no, querido Félix.

FÉLIX. Sin chiste, te advierto que si hoy hemos podido obsequiaros con Bethoven, es porque estamos solos. El dueño del café nos ha prohibido toda la música sabia, como él dice. ¡Música *proivita!*

GERMÁN. Los parroquianos se quejan.

PEPE. Pero ¿hay parroquianos?

FÉLIX. Dice que los hemos ahuyentado con nuestra música. Es injusto con su agua de achicoria y sus bistés de perro.

GERMÁN. ¿Cómo va eso?

JOAQUÍN. Chicos, ¡estupendo! Una barbaridad, pero con la mar de gracia.

PEPE. Un asco, chicos, un verdadero asco.

JOAQUÍN. Os vamos a leer el segundo cuadro.

PEPE. No, no quiero oírlo. Esas cosas se escriben, pero no se leen; basta con que se representen.

JOAQUÍN. El tío del *cine* está entusiasmado.

PEPE. Por ahí podéis juzgar el mérito de la obra.

JOAQUÍN. Este se indigna, pero ¿qué hacer uno? Mi drama, la comedia de éste... dos años de teatro en teatro, y diciéndonos en todos que están muy bien y que deben representarse; pero siempre en otro teatro. Parece el chascarrillo de la acera de enfrente: «Es una obra para el Español...» «Si allí nos han dicho que es para la Comedia...» Y así en todos los teatros.

FÉLIX. Lo mismo que mi zarzuela.

JOAQUÍN. Esto es una burrada, pero aún no está concluída y ya nos han dado veinte duros.

PEPE. Dan ganas de emigrar.

JOAQUÍN. Vais a oír, vais a oír.

PEPE. Este goza.

JOAQUÍN. *(Leyendo.)* «Cuadro segundo. El cuarto de baño de Mimí. A la derecha el baño con sus grifos de agua fría y caliente...» Veréis, con esto de los grifos hay luego un efectazo.

PEPE. Bueno, no grites; ten el pudor de tus desatinos.

JOAQUÍN. Convendría saber si le hace gracia al camarero.

FÉLIX. La criada de Molière.

JOAQUÍN. Vais a oír.

PEPE. ¡Qué vergüenza! Casi todo es de éste.

JOAQUÍN. No hagáis caso; las mayores barbaridades se le ocurren a él.

PEPE. De indignación.

FÉLIX. Bueno, lee.

JOAQUÍN. «Cuadro segundo. El cuarto de baño...»

PEPE. Baja la voz, hombre.

MANUEL. *(Llamando al camarero.)* ¡Mateo!

CAMARERO. *(Saliendo por la izquierda.)* ¿Qué deseaba don Manuel?

MANUEL. ¿No ha salido todavía el *Heraldo?*

CAMARERO. No me parece haberle oído de vocear... No está el chico. Habrá ido a buscarlo. Tardar no puede mucho.

ANTONIA. Oiga usted, Mateo.

CAMARERO. Usted mande, doña Antonia.

ANTONIA. ¿Qué le pasa esta noche al chocolate?

CAMARERO. ¿Pues luego?

ANTONIA. Que le he notado un gustillo... Todas estas no-

ches estaba muy bueno. Y consiste en el chocolate, porque aquí el café con leche que ha tomado mi esposo, estaba como de costumbre. ¿Sabe usted si es que lo han cambiado?

CAMARERO. No, señora; el chocolate es el mismo de siempre. Será el gusto de la señora.

MANUEL. ¿Qué le has notado?

ANTONIA. Qué se yo. Un saborcillo; pegado no era, y ahumado tampoco.

CAMARERO. Dirélo en la cocina.

ANTONIA. No, no diga usted nada. No es que no se pudiera tomar; sólo un gustillo raro... ya digo...

FOSFORERO *(Dentro.) ¡Heraldo!*

CAMARERO. Ya vino el *Heraldo. (Llamando.)* ¡Chico, aquí a don Manuel, el *Heraldo.*

FOSFORERO *(Saliendo por la derecha con* Heraldos.) Ya sé... *¡Heraldo!*

MANUEL. Ya estoy sin cerillas; dame una caja. *(El Fosforero le da el* Heraldo *y va por una caja de cerillas, volviendo en seguida y dándosela a D. Manuel. Se pone a doblar los periódicos encima de la mesa del primer término derecha.)*

ANTONIA. La que compraste anoche te la has dejado encima del comedor.

MANUEL. No, mujer, esa estaba vacía. La que compré anoche no he podido encontrarla.

ANTONIA. La habrá cogido la muchacha. Es una pelea con ella y con las cerillas. Cuidado que siempre tiene para ella un vagón de esas de cocina, pero nunca sabe dónde lo ha puesto.

CAMARERO. Es lo que pasa.

ANTONIA. Luego, siempre está pidiendo cerillas. Y mire usted que no las necesita más que para encender la triste lumbre; porque tenemos luz eléctrica en toda la casa.

CAMARERO. La luz eléctrica es una cosa buena.

ANTONIA. Es mucha comodidad. Yo creo que no ha habido otro invento tan bueno.

CAMARERO. Así lo creo.

ANTONIA. Porque hay otros inventos modernos con los que yo no estoy conforme; ahí tiene usted la *chubesqui* sin ir más lejos. En casa pusimos una el año pasado y no pudimos hacer carrera de ella. Y la pusimos porque yo padezco mucho de dolores de cabeza, y el médico se empeñó que sería del brasero; y es lo que yo digo, si en verano

me duele lo mismo, y en verano no será del brasero.

CAMARERO. Claro es. Esos son males que están en la predisposición de la persona. Hay quien le duele la cabeza, hay quien le duele el estómago sin saber de qué; ahora que los médicos, ellos algo han de decir.

ANTONIA. Harta estoy de que me vean unos y otros; conmigo no han acertado nunca. ¿Sabe usted con lo único que me ha ido bien? Parece una tontería, y a cualquiera que se le diga se ríe. Fué remedio de una amiga de casa, que se lo había recomendado a ella otra amiga suya, viuda de un magistrado; y es: ponerme un duro encima del ojo izquierdo, que ya tengo uno reservado para eso, muy limpio y muy reluciente siempre; por cierto que es un duro que le dieron a mi esposo, no sabe dónde, que no lo han querido tomar en ninguna parte, y es de plata, no crea usted, porque ha de ser de plata para que haga su efecto.

CAMARERO. Claro es.

ANTONIA. Me ato un pañuelo por encima, que si me ve usted, parezco un caballo de la plaza de toros, como dice mi esposo, y así me estoy dos o tres horas en una habitación bien a obscuras, y es con lo único que he encontrado alivio. Mucha gente se ríe, yo fuí la primera en reirme; pero está visto que no puede una reirse de nada en este mundo.

CAMARERO. Así es; si usted encontró con ello mejoría... *(Llaman al camarero Pepe y Joaquín, dando con las cucharillas en las copas.)* Voy a ver qué quieren los poetas.

ANTONIA. Se puede venir a este café por este camarero; es tan atento...

CAMARERO. *(Después de haber estado hablando con Pepe se dirige al Fosforero.)* ¡Chico! Allí te llaman; no sé qué dicen de la tinta.

FOSFORERO Que habrán dao fin de ella. ¡Me tienen más harto! *(Se acerca a la mesa de Pepe y recoge el tintero, llevándoselo y trayendo otro al poco tiempo.)*

ANTONIA. *(Al Camarero.)* Pero oiga usted, estos músicos tocan muy poco. No sé por qué se me figura que tienen muy poca formalidad.

CAMARERO. ¿Poca?... Ninguna. Ahí se reunen con esos otros poetas; unos locos todos.

ANTONIA. Y tocan unas piezas tan serias... Cuidado que a mí, en siendo música, me gusta toda; pero estos chicos, para ser tan jóvenes, qué cosas tan antiguas tocan. Digo yo que deben ser cosas antiguas.

CAMARERO. Pues no será que el amo no se lo tiene dicho, pero ellos se burlan. ¡Si fuera yo que el amo!...

MANUEL. ¡Qué atrocidad!

ANTONIA. ¿Qué lees?

MANUEL. En Alemania, en un pueblo... Shrr... ¡Qué nombre tan raro! La mujer de un molinero ha dado a luz tres criaturas.

ANTONIA. ¡Pobre mujer!

MANUEL. Niñas las tres.

ANTONIA. ¡Qué ricas!

MANUEL. Dice que el emperador ha mandado que les den a los padres trescientos marcos.

ANTONIA. Me gusta a mí ese emperador; está en todo.

MANUEL. Dice que si hubieran sido chicos les hubiera dado el doble.

ANTONIA. ¡Que siempre las mujeres hemos de valer menos!

MANUEL. ¿No ves que el emperador lo que quiere son soldados?

ANTONIA. ¿Sí?... Pues que no nacieran más que chicos, y a ver de dónde iba a sacarlos. *(Entra por la derecha una Joven, y después de mirar por todo el café se sienta en el velador de la derecha.)*

CAMARERO. En mi pueblo también una mujer tuvo tres chicas.

ANTONIA. Y nadie le daría nada.

CAMARERO. ¿Darle? Que su marido en poco la mata, cuando volvió de allí a los dos años.

ANTONIA. ¡Ah! ¿Pero el marido?... ¡Sí que era para matarla!

CAMARERO. Pues, mire usted; luego fué su suerte; que las tres chicas vinieron a criar a Madrid en muy buenas casas, después se casaron muy bien, y hoy está el padre que no hay otro como él en el pueblo.

ANTONIA. Pero ¿el padre?

CAMARERO. No, señora; el casado con la madre. Del padre, nadie supo más nada. Voy ver esa joven.

ANTONIA. ¡Hay algo de los moros!

CAMARERO. *(A la Joven.)* ¿Quiere algo ahora, o espera?

LA JOVEN. Ahora, nada; después.

CAMARERO. Está bien.

LA JOVEN. Oiga, ¿no ha venido nadie?

CAMARERO. Ya sé quién dice; el joven. No, señora, no ha venido.

LA JOVEN. ¿Va bien ese reloj?
CAMARERO. Sí, señora; mismo con la Puerta del Sol.
LA JOVEN. ¡Pues sí que es!
CAMARERO. ¿Decía usted?...
LA JOVEN. Nada; que creí que era más temprano.
CAMARERO. No es, no señora.
LA JOVEN. *(Levantándose.)* Bueno, si viene... ¿Usted le conoce bien?
CAMARERO. Sí, señora. Digo yo; si es el joven que la acompaña otras noches.
LA JOVEN. Ese. Me hace usted el favor de decirle que he estado aquí y que volveré en seguida; que se espere.
CAMARERO. Está muy bien.
LA JOVEN. ¿No se le olvidará?
CAMARERO. Descuide. Que ha estado aquí y que volverá deseguida, que espere. Descuide. *(Vase la Joven por la derecha.) (Al Fosforero, que está doblando los periódicos en escena, encima de la mesa del primer término derecha.)* ¿Qué será de la hermana y de aquel pequeño que traían consigo, que las dos le decían sobrino?
FOSFORERO A la hermana la he visto yo por ahí muy puesta de sombrero. *(Vase con los periódicos doblados, por la derecha Germán y Félix ríen a carcajada.)*
CAMARERO. ¡Anda con Dios!
JOAQUÍN. ¿Qué os ha parecido?
GERMÁN. Que os matan.
FÉLIX. Que si esto gusta, gustará una barbaridad.
PEPE. Y el empresario quiere que demos nuestros nombres.
FÉLIX. Oye, ¿quién os hace la música de esos numeritos?
JOAQUÍN. El músico de la casa; es imposición. Ya pensamos en vosotros.
PEPE Para que no tuviérais nada que echarnos en cara.
GERMÁN. ¿Por eso? Di que los libretistas tenéis más suerte...
FÉLIX. ¿Tú crees que por vergüenza iba yo a dejar de escribir garrotines y burradas de esas? Tampoco estaría aquí en esa especie de patíbulo.
GERMÁN. Oye, oye; en clase de ejecutores, ¿eh?
FÉLIX. Y en clase de reos; aunque no sea más que del delito de haber nacido, como Segismundo.
PEPE. De haber nacido artista y en este país, por añadidura.
FÉLIX. En este país y en todos los países, ¿qué artista no ha pasado lo suyo? Yo me dedico a leer bio-

grafías de los grandes artistas y cada día estoy más esperanzado. Cuando peor es mi situación, más grande me siento. ¿Que estoy sin dos pesetas?, lo mismo que Wagner; ¿que la familia me da disgustos?, lo mismo que Bethoven; ¿que los empresarios no quieren mi música?, lo mismo que Bizet.

GERMÁN. Pero ¿estás seguro de ser cualquiera de ellos?

FÉLIX. Cualquiera de ellos no, ni querría serlo. Quiero ser yo, yo... y lo seré; estoy seguro.

PEPE. ¡Feliz tú! Yo no creo ya ni en mí mismo. Y nadie ha tenido más ilusiones que yo; pero se agotan las fuerzas, las pocas fuerzas; porque es seguro que se puede luchar contra las naturales contrariedades y vencerlas todas, cuando el artista, aunque por sí mismo sea flor delicada, nació de un tronco robusto, arraigado en terreno bien nutrido. Pero nosotros somos flores descoloridas brotadas en rama seca y de pobre tierra. Todos somos algo Usvaldos, herederos forzosos de triste herencia. Como Usbaldo pedimos al Sol porque no tenemos alas bastante fuertes para volar hacia él.

FÉLIX. Pues yo, con alas o en aeroplano, he de volar y volaré.

PEPE. Yo también volaría, pero alas no tengo, y el aeroplano, como tú dices, cuesta mucho dinero.

FÉLIX. Sí, pero los viajes a América están muy baratos.

JOAQUÍN. Sí, sí; buenas noticias tengo yo de América. Vete allí con tu violín y tu música, sin dinero y sin el reclamo de un hombre célebre, y entonces ya no pedirás alas; te contentarás con aletas para volver a nado.

GERMÁN. Chico, vamos a tocar; no nos manden un recadito atento del mostrador; ya sabes cómo las gastan.

PEPE. No hay nadie; tocad algo serio. Purifiquemos un poco el ambiente, emponzoñado con la lectura de esta joya.

GERMÁN. ¿Cómo que no hay nadie, y está allí la más alta representación de la burguesía, los parroquianos más antiguos y caracterizados de la casa?

FÉLIX. Además hay que ponerse a tono. Veréis qué polquita; los domingos es con acompañamiento obligado de platillos y cucharillas.

GERMÁN. Es de unos cuplés que me pidieron una vez para

no sé qué cupletista de esas que han encarecido la lentejuela.

FÉLIX. Esas artistas que el fregadero añora.

GERMÁN. Diez duros me dieron; la mayor cantidad que he cobrado de una vez en mi vida.

FÉLIX. ¿Lo veis? Pues todo eso va luego muy bien en la biografia.

PEPE. En las que llegan a escribirse, que son las que llegan al capítulo de la gloria; pero, ¿y las que interrumpe la vida bruscamente en el capítulo de la miseria y de la muerte? Esas no las escribe nadie.

FÉLIX. ¡Chico! Eso pide música de Chopin.

GERMÁN. Pero no estamos aquí para tocar lo que nos gusta.

PEPE. ¿Aquí? Ni en ninguna parte. Vosotros en el café, nosotros en el cine. ¡Hay que vivir!

FÉLIX. ¡Hay que vivir! *(Se oye dentro el timbre del mostrador.)*

GERMÁN. ¿No lo dije? El timbrecito. Vamos a tocar. *(Vanse por la derecha Félix y Germán. Al mismo tiempo entra por el mismo sitio un Joven. Durante esta escena se oirá tocar muy piano la polquita de que se habla anteriormente.)*

CAMARERO. *(Al Joven que se ha sentado a la mesa del término derecha.)* Buenas noches.

EL JOVEN. Muy buenas. ¿No ha venido nadie?

CAMARERO. Ya sé quién dice. Ha venido la joven, ha dejado dicho que volvía deseguida y que le dijera a usted de esperarla.

EL JOVEN. Está bien. ¿Hace mucho?

CAMARERO. Mucho no puede hacer. ¿Quiere tomar algo?

EL JOVEN. Ahora, no.

CAMARERO. Está bien.

EL JOVEN. ¿Es esa la hora? *(Mirando hacia la izquierda.)*

CAMARERO. Mismo con la Puerta del Sol.

EL JOVEN. *(Levantándose.)* Oiga usted, si viene esa joven la dice usted que he estado aquí esperando más de una hora y que me he cansado de esperar.

CAMARERO. Dijo de volver deseguida.

EL JOVEN. Bueno, dígale que puede que vuelva, pero que si no vuelvo... No, que vuelvo y que espere aquí.

CAMARERO. Bien está.

EL JOVEN. Oiga.

CAMARERO. Mande.

EL JOVEN. No diga usted siquiera que he venido.

CAMARERO. Yo, usted verá: lo que usted me diga; pero si sabe que ha estado usted aquí... *(Viendo llegar a la Joven por la derecha.)* Ve, aquí está.

LA JOVEN. ¿Entrabas o salías?

EL JOVEN. Salía; llevo aquí dos horas.

LA JOVEN. ¡Vamos! ¡Hay que ver! No habrías hecho más que llegar...

EL JOVEN. Pregunta al camarero.

LA JOVEN. Pero, ¿qué tengo yo que preguntar a nadie, si no hace cinco minutos que he salido de aquí, que llevaba tres horas plantificá esperándote?... Tú mira la hora que es.

EL JOVEN. No tengo que mirar nada.

LA JOVEN. Y ahora vienes tarde y con prisa... ¿Te estarán esperando de ande vienes...?

EL JOVEN. Vengo de...

LA JOVEN. De allí mismo. ¿A dónde ibas a las ocho por la calle de Relatores?

EL JOVEN. ¡Vamos, que te alivies! ¿Qué tenía yo que ir por la calle de Relatores?

LA JOVEN. ¿Si querrás tú hacerme a mí tonta del todo?

CAMARERO. *(Acercándose.)* ¿Quieren algo?

EL JOVEN. Tú, ¿qué quieres?

LA JOVEN. No quiero nada.

EL JOVEN. Ahora nada, luego volvemos. Anda.

LA JOVEN. No, si no voy.

EL JOVEN. Déjate de tonterías.

LA JOVEN. Te digo que no voy. Lo mismo que ahora. Creerás que no te he visto bajar del tranvía en la esquina... camino de tu casa... lo mismo tiene calle arriba que calle abajo.

EL JOVEN. Pero, ¿es que no puede uno venir más que de su casa?

LA JOVEN. A estas horas.

EL JOVEN. Es verdad, que son las cinco de la madrugada.

LA JOVEN. Son las cinco de tu poca vergüenza.

EL JOVEN. Bueno. ¿Te has callado ya?

LA JOVEN. Tan callada, que me voy ahora mismo.

EL JOVEN. No te vas.

LA JOVEN. ¡Puede!

EL JOVEN. ¡Si no mirara!

LA JOVEN. Haces bien de mirarlo. Bueno; ahí te quedas.

EL JOVEN. ¡Maldita sea!... Te digo...

LA JOVEN. ¡Sin vergüenza! ¡Tío!

EL JOVEN. *(Amenazándola.)* ¡Te doy así!...

LA JOVEN. ¿A mí tú?... *(Vanse disputando por la derecha.)*

CAMARERO. ¡Anda con Dios!

FOSFORERO ¡Digo; valiente torta le ha arreao en mitad la cara! *(Cesa dentro la música.)*

CAMARERO. ¡Qué cosas, Señor, qué cosas! ¡Está este Madrid!...

ANTONIA. ¿Qué les pasa a esos jóvenes?

CAMARERO. ¡Calle usted! Le digo a usted, doña Antonia... Peleando van por medio la calle. Estos paran esta noche en la delegación.

ANTONIA. ¡Qué parejitas, qué parejitas! *(Entran por la derecha Cipriano, Adolfo, Félix y Germán y se sientan todos a la mesa en que están Pepe y Joaquín.)*

CIPRIANO. ¡Hola, chicos!

JOAQUÍN. Adiós.

GERMÁN. Hola, Cipriano... Adolfo...

PEPE. ¿Cómo venís tan tarde?

FÉLIX. Os habéis perdido la gran lectura.

CIPRIANO. ¿Qué? ¿El segundo cuadro? ¿Lo habéis terminado ya?

GERMÁN. Es graciosísimo.

CAMARERO. ¿Quieren algo? *(A Cipriano y Adolfo.)*

CIPRIANO. Ahora nada.

CAMARERO. ¿Y usted?

ADOLFO. Tampoco. Ya te avisaremos.

JOAQUÍN. ¿Habéis estado en algún teatro?

CIPRIANO. No; fuí a buscar a éste; me dijo que Juanito Montero estaba peor, y hemos ido a verle.

PEPE. ¿Y cómo está?

CIPRIANO. Muy mal, acabando.

ADOLFO. Pues yo creo que no está tan malo como tú dices. Ya sabes que los enfermos del pecho cuanto peor están se figuran que están mejor. Y Juanito no hace más que decir que se muere, que lo sabe, que está seguro de ello.

CIPRIANO. No lo creas. Es por eso mismo; porque él ha oído decir que el peor síntoma de su enfermedad es no creer en ella, y por engañarse a sí mismo se finge aprensivo; pero ya ves cómo nos hablaba de sus proyectos literarios. Nos ha preguntado por vosotros.

PEPE. Chico, nosotros no hemos ido a verle porque ya sabes cómo es Juanito; muy buen muchacho, pero tan fantástico... Nunca le ha gustado que se sepa dónde vive y cómo vive.

CIPRIANO. Antes sí; ahora el pobre se ha alegrado tanto de vernos. Es muy buen chico... con sus cosas como todo el mundo.

ADOLFO. Yo creo que el no gustarle que se fuera a su casa, no era por la casa, sino por la madre y la hermana, que son muy ridículas.

CIPRIANO. Unas infelices, ¿eh?; pero de estas cursis que no tienen qué comer y están siempre hablando de grandezas.

ADOLFO. Diciéndonos que ya no sabían qué darle de comer al pobre Juanito, que había aborrecido las perdices, y la ternera, y el Jerez y el champagne... Y todo esto viendo aquella casa y aquella habitación.

CIPRIANO. Y viéndolos a los tres.

ADOLFO. Y luego la madre y la hija con el pelo pintado y unos chafarrinones de colorete y una arroba de polvos.

CIPRIANO. Cuando salieron a despedirnos, muy afectuosas, deshaciéndose en palabras de agradecimiento, los dos lloraban, y era algo grotescamente trágico verlas llorar; recordaban esos cuentos de payasos tristes que dejan caer sus lagrimones sobre la cara enharinada. Este no podía contener la risa.

ADOLFO. Tuve que taparme la cara con el pañuelo y hacer como que lloraba yo también. El caso es que ahora me dan ganas de llorar de veras al recordarlas.

CIPRIANO. No; si yo estaba muy emocionado, porque quiero de verdad a Juanito, y aun así por poco no me río de las pobres señoras; y es que la ridiculez es compatible con todo, hasta con el dolor, hasta con la muerte.

FÉLIX. Chicos, no hablemos de cosas tristes; Pepe ya estaba esta noche lo más fúnebre.

PEPE. ¡Pobre Juanito! Mañana iremos a verle, ¿te parece?

JOAQUÍN. Como tú quieras.

CIPRIANO. Os lo agradecerá. Yo creo que no dura ocho días.

PEPE. Y era un poeta.

CIPRIANO. ¡Si vierais! Nos ha leído, digo, quiso leernos, tuve yo que acabar la lectura, unos versos, los últimos que ha escrito, los últimos que escribirá seguramente, muy hermosos, ¿verdad?

ADOLFO. Sí; muy sentidos; con alguna incorrección de forma, pero están muy bien.

CIPRIANO. Sobre todo, escuchados allí y sabiendo que son de un poeta que muere y se despide de la vida como de una mujer a quien se quiso con toda el alma

y nos hizo traición... Porque lo cruel de la vida no es que lo niegue todo, es que promete mucho, como las mujeres coquetas y falsas. No es que se haga aborrecer, es que se hace amar y no corresponde nunca a nuestro amor. Nos deja soñar con todas las dichas, con todas las glorias, y cuando más soñamos, deja caer toda su pesadumbre sobre nosotros, y es la vida misma la losa que cae sobre nuestros sueños.

¡Es la vida la losa de los sueños!

Así dicen los versos del poeta moribundo; un joven como nosotros, más feliz que nosotros, porque para él muy pronto caerá otra losa que es paz y es descanso. Empeñado en que le prometiera que le enterraríamos con muchas rosas. ¿Tendremos dinero para comprárselas el día del entierro?

FÉLIX. ¡Hombre! Yo no sé lo que cuestan las rosas en este tiempo, pero entre todos...

CIPRIANO. Gracias, Félix.

JOAQUÍN. Pero chico, Cipriano, ¿vas a llorar? Juanito era un buen muchacho, pero no un íntimo; se pasaban los meses sin verle.

CIPRIANO. Si es que no sé si lloro por él o por mí. Es que cuando le veía hoy me pareció verme.

FÉLIX. Chico, pero si tú estás muy sano y muy fuerte.

CIPRIANO. Sí, hoy, mañana; también él lo estaba...; pero he creído verme, su casa como la mía—salvo la ridiculez de su pobre madre y de su hermana—; mi madre y mis hermanas no son ridículas; saben ser pobres y modestas.

GERMÁN. Vamos, vamos, hablemos de otra cosa.

CIPRIANO. Sí, sí, hablaremos de otras cosas y nos reiremos como otras noches; pero creedme, esta noche, cuando estemos acostados y antes de dormirnos, todos pensaremos en el pobre Juanito Montero. Es la hora en que, sin darnos cuenta y aunque queramos aturdirnos con todos los pensamientos del día, se encara con nosotros solemnemente lo que hemos pensado de más serio durante el día.

FÉLIX. También hay que ver la vida que llevaba Juanito; era muy golfo.

CIPRIANO. No caigas en esa vulgaridad. ¿Qué vida llevaba?

¿Por qué era un golfo? También dicen de nosotros que somos golfos con la misma razón. Llevamos la vida que podemos llevar. ¿Que vivimos de noche? ¿Está nuestra indumentaria para vivir de día? Y hay también que decirlo: con la frugal alimentación que podemos permitirnos, ¿hay fuerzas en nosotros hasta que, gracias a las dos comidas malas del día, puede parecernos que hemos hecho una regular?

PEPE. Exacto. Yo confieso que sólo a estas horas, después de haber tomado este brevaje, empiezo a vivir y a pensar con alguna lucidez.

CIPRIANO. ¿Que nos levantamos tarde? Naturalmente; la cama es el abrigo y la alfombra y la estufa de todos los que viven como nosotros, en casas como las nuestras. ¿Que nos pasamos las horas en el café? Digo lo mismo. ¿Quién se queda en casa en estas noches de invierno en un cuarto desamparado, con una mala luz, con una sutil estera, por todo mullido? ¿Quién trabaja ni piensa soplándose los dedos y dando patadas en el suelo para no helarse? El café, el calumniado café, es nuestro Paraíso. Ya veis; yo he leído la *Divina Comedia, El Paraíso perdido,* otros muchos poemas y cuentos en que se describe la Gloria; he visto cuadros y decoraciones celestiales; pues siempre que me figuro el cielo, mi imaginación no va más allá de representarme un lugar con muchos espejos, muchos dorados, algo de música y unos ángeles que le preguntan a uno ¿qué quiere usted tomar? Lo sirven en seguida y no cobran luego.

JOAQUÍN. ¿Os acordáis de nuestro amigo Rivera?

FÉLIX. El famoso Rivera.

JOAQUÍN. Cuando se casó con una ricachona de pueblo y quiso poner su casa a todo lujo.

PEPE. Sí. Y la puso como un café. Todo eran divanes de terciopelo encarnado y grandes lunas.

CIPRIANO. Naturalmente; como que él no había visto cosa mejor en su vida.

ADOLFO. ¿No vendrán las chicas esta noche?

GERMÁN. Vendrán a última hora. Habrán ido al Real.

CIPRIANO. Sí, lo dijeron anoche.

ADOLFO. Estando don Paco en Madrid, ya se sabe.

FÉLIX. Estando don Paco en Madrid hay diversiones.

PEPE. ¿Qué misterio habrá con don Paco?

FÉLIX. ¡Hombre! ¿Misterio? A cualquier cosa llamas misterio. Que en sus tiempos tuvo que ver con la madre, y ahora tendrá que ver con alguna de las chicas.

CIPRIANO. ¡No seas bárbaro!

FÉLIX. ¡Si vamos a creer ahora en la virtud de doña Rosa y sus tres pimpollos!...

CIPRIANO. Digo lo mismo que de nuestra golfería: según lo que se entienda por virtud. Si vamos a hablar mal de ellas por lo mismo que alternan con nosotros, cuando esa es la mejor prueba de que son unas infelices, porque el porvenir que nosotros podamos ofrecerles...

FÉLIX. No, aquí ya sabemos que vienen por pasar el rato, por las mismas razones que tenemos nosotros para venir, y que tú has enumerado antes con tanta elocuencia.

CIPRIANO. Gracias.

GERMÁN. Pero que la mamá y las niñas no se asustan de nada, ¿para qué vamos a discutirlo? *(Entran por la derecha muy amartelados la Joven y el Joven, y se sientan a la mesa del primer término derecha.)* Y si no, aparte don Paco, que es el que sostiene la casa seguramente (todos vemos cómo mejoran de posición, como por encanto, cuando él está en Madrid), ¿a quién de nosotros han hecho caso? A éste *(Señalando a Adolfo)*, porque saben que será rico el día de mañana.

ADOLFO. ¿Rico yo? ¡Valiente riqueza!

FÉLIX. ¡Hombre!; tus padres son hacendados; tienen tierras, viñas, borregos; te mandan dinero todos los meses; llevas diez años en Madrid estudiando, y tu padre no ha venido todavía a romperte algo. Todo esto ha sido tomado en consideración por doña Rosa y sus tres brotes, que se han dicho, seguramente, «Aquí hay porvenir», que es como si dijeran, «Aquí hay matrimonio.»

ADOLFO. Ni que fuera yo tonto.

GERMÁN. Pues bien colado estabas con Leonorcita.

FÉLIX. Y lo está. Estas noches no va con ellas al teatro por respeto a don Paco y porque no está en fondos.

PEPE. Y por imitar a Enrique, que es su modelo en todo: en las corbatas, en los calcetines y en las conquistas.

GERMÁN. Como Enrique se ha distanciado de Rosina, éste quiere imitarle.

FÉLIX. ¿Y eso? Enrique, el capitalista de la reunión; a ése sí que han querido atraparle.

JOAQUÍN. ¡A buena parte iban! Ese sabe mucho.

FÉLIX. Ese es el que ha sacado más partido.

CIPRIANO. No lo creo. Rosina es una buena muchacha: lo mejor de la familia. Y ha sido ella la que ha dejado a Enrique en cuanto comprendió que no había de casarse con ella. De Leonorcita, de Estela, no digo: son otra cosa. A Rosina la conozco bien: será muy romántica, muy cursi, todo lo que queráis, pero es buena.

FÉLIX. ¡Paladín de virtudes de lance! ¡El caballero del Pato!

CIPRIANO. No son quijotismos. ¿Sabré yo a qué atenerme respecto a doña Rosa y sus hijas? Pero de Rosina estoy seguro de que si hubiera caído ya, si cae algún día, será porque esté enamorada. Vosotros decís que Enrique va alabándose por ahí de haber conseguido algo. Eso prueba que Rosina no pensaba en atraparle, como él dice. El medio en que vive Rosina es para saber lo bastante de esas cosas, y que no es ése el medio de atrapar a un hombre; y, ya veis, yo, que estimo a Rosina, creo que la estimaría más si creyera que se había entregado por cariño que si creyera que se había defendido por cálculo.

FÉLIX. Hay un término medio, que suele ser el de casi todas las mujeres: haber calculado mal.

CIPRIANO. Sí, es posible; cuando se calcula que un canalla como Enrique puede ser una persona decente.

FÉLIX. ¡Bueno! Cada día se entera uno de algo nuevo.

CIPRIANO. ¿Por qué lo dices?

FÉLIX. Por nada.

CIPRIANO. Dilo.

FÉLIX. No, no lo digo, porque es muy posible que no te hayas enterado tú mismo o no hayas querido enterarte, y protestes airadamente. Pero creo que todos estamos de acuerdo. ¿No es cierto, señores? ¿Cuántas veces ha pronunciado nuestro amigo el nombre de Rosina?

CIPRIANO. No seas majadero.

FÉLIX. ¿Cuántas veces ha pronunciado la palabra canalla, refiriéndose a Enrique?

CIPRIANO. Eso sí...

FÉLIX. ¿Qué significa todo esto? Coladura.

CIPRIANO. Puede que lo creas...

FÉLIX. Señores, ¿ustedes lo creen?
TODOS. Sí, sí.
FÉLIX. *¡Vox populi!*
CIPRIANO. Sois unos imbéciles! Dejadme en paz; voy a escribir unas cartas.
MANUEL. ¡Mateo!
CAMARERO. Va. Mil gracias, don Manuel. ¿Ya se retiran?
ANTONIA. Sí, ya es muy tarde. ¡Qué bulla traen los poetas!
CAMARERO. Ellos solos alborotan toda la casa.
ANTONIA. Oiga usted, ¿no es la parejita de antes?
CAMARERO. Los mismos, sí, señora.
ANTONIA. ¡Vaya!; pues no han acabado en la Delegación, como usted creía; menos mal; se ve que han hecho las paces.
MANUEL. ¡Sí, caramba!
CAMARERO. Vea usted si son formas ésas de estar ante un público. ¡Le digo a usted, doña Antonia!... Voy a ver si quieren algo y, de camino, reparan que están en un establecimiento.
ANTONIA. ¡Qué parejitas éstas! Buenas noches, Mateo.
CAMARERO. Muy buenas las tenga usted, doña Antonia.
MANUEL. Hasta mañana, Mateo.
CAMARERO. Si Dios quiere, don Manuel. Abríguese bien, que la noche se puso fresca. *(Salen D.ª Antonia y D. Manuel. El Camarero se acerca a la mesa donde están el Joven y la Joven.)* ¿Desean algo?
LA JOVEN. ¡Ay! ¿Pues no me he asustado...?
EL JOVEN. ¿Qué quieres tú?
LA JOVEN. ¿Yo? No sé. ¿Tú, qué quieres?
EL JOVEN. A mí tráigame usted café con leche.
LA JOVEN. Pues a mí lo mismo.
EL JOVEN. Oiga: con media tostada.
LA JOVEN. Pues lo mismo.
CAMARERO. Está bien.
LA JOVEN. Oiga: que no esté apegotá la manteca, si pué ser. Dígalo, haga el favor.
CAMARERO. Dirélo así.
LA JOVEN. Oiga: diga al del puesto que traiga unos cigarros.
CAMARERO. *(Llamando al Fosforero.)* Aquí, cigarros.
FOSFORERO Va en seguida.
EL JOVEN. ¿Vas a obsequiarme?
LA JOVEN. Pa que veas cómo soy yo. ¡La tonta perdía! De eso te vales.
EL JOVEN. Y tú de que me tiés loco.
FOSFORERO Aquí tienen.

EL JOVEN. Trae que escoja.
LA JOVEN. Ese no, que está así como apolillao.
FOSFORERO ¡Apolillao!
EL JOVEN. Trae acá; si éstos con pintas son los mejores.
LA JOVEN. Lo que es no entender. ¿Son a veinte, verdá?
FOSFORERO A veinte.
LA JOVEN. Ahí tié usté, veinte.
FOSFORERO ¡Salud!
CAMARERO. ¿Está a su gusto?
LA JOVEN. Podía estar más extendía; pero... bueno está.
CAMARERO. *(Llamando.)* ¡Féee!
EL JOVEN. ¿Cuál quieres tú? ¿De arriba o de abajo?
LA JOVEN. Me es lo mismo.
EL JOVEN. A mí también. *(Al Echador.)* Bastante. Aquí café solo.
LA JOVEN. Bueno está. Aquí un poco más, haga el favor. *(Al Camarero.)* Oiga usted: ¿es de vacas o de cabras?
CAMARERO. Siempre fué de vacas.
LA JOVEN. Siempre, no, que estos días atrás era de cabras.
CAMARERO. Sabrá usted más que yo.
LA JOVEN. Porque lo sé lo digo. Podía no saberlo: un tío mío tiene establecimiento.
CAMARERO. ¿Cabrería?
LA JOVEN. Un café como éste; vamos, no es como éste, porque el barrio y la calle no son para una cosa así; pero un buen establecimiento. ¿No ha bajao usted por la calle de la Arganzuela? Pues allí, a la entradita según se sube, *Café de Pastor*. El dueño es tío mío, ya digo.
CAMARERO. Por muchos años.
LA JOVEN. Se ha gastao allí muy buenos cuartos.
CAMARERO. Con permiso.
LA JOVEN. No creas que al decirle todo esto ha sido nada más que por decirlo; es que como da la casualidad que siempre que hemos venido a este café ha sido para tener un disgusto; por cierto que no volvemos más, que este café tiene muy mala pata, no vayan a crerse que es una una cualquier cosa.
EL JOVEN. No sé por qué van a creerse nada, ni hay que darles cuentas a nadie.
LA JOVEN. No es darles cuentas a nadie, pero bueno es que se sepa quién es cada uno. Guarda los terrones, pero no los juntes con el tabaco. *(Entran doña Rosa, Rosina, Leonor, Estela y D. Paco.)*
FÉLIX. Ya están aquí; dejad sitio.
D.ª ROSA. Muy buenas noches.

ROSINA.
ESTELA. } Buenas noches.
LEONOR.

FÉLIX. ¡Doña Rosa! ¡Preciosidades!

D. PACO. Muy buenas, pollos. ¿Cómo va?

JOAQUÍN. ¡Don Paco! Siéntese usted aquí.

D. PACO. No se mueva nadie, no se mueva nadie.

FÉLIX. No; pase usted, pase usted.

PEPE. Siéntese usted aquí, Leonorcita.

LEONOR. Da lo mismo; está usted bien.

PEPE. No, no. Este es su sitio.

FÉLIX. ¿Del Teatro Real?

D.ª ROSA. De allí venimos.

GERMÁN. ¿Se han divertido ustedes?

D.ª ROSA. Venimos entusiasmadas. ¡Cómo ha cantado ese hombre!

FÉLIX. ¿Qué daban esta noche?

LEONOR. *Tosca.*

FÉLIX. ¡Uy!

D.ª ROSA. Sí, ya sabemos que a usted no le gusta. A usted, no siendo las óperas de Wagner...

FÉLIX. Y otras también.

D.ª ROSA. Otras por el estilo. Yo no voy a discutir con usted: usted es músico, es usted un artista, entiende usted más que yo...

FÉLIX. No, señora.

D.ª ROSA. Yo no he llegado a esas sublimidades. A mí deme usted un *Barbero,* un *Rigoleto*... Esta misma *Tosca* es algo espeluznante; pero ¡tiene trozos!... Sólo por oír aquella romanza...

ESTELA. Es divina, ¡y cantada por ese hombre!... Yo me estaría oyéndole toda la vida.

CIPRIANO. Y usted, Rosina, ¿se ha divertido mucho?

ROSINA. Como yo me divierto; ya sabe usted.

D.ª ROSA. Calle usted; toda la noche se la ha pasado llorando: haciendo el ridículo y llamando la atención. Yo no digo que la música no haga sentir; a mí también se me saltan las lágrimas algunas veces; pero de eso a estar toda la noche gimoteando...

ROSINA. ¿Qué voy a hacerle? Yo soy así; bastante lo siento.

CAMARERO. ¿Quieren algo?

D. PACO. Nenas, ¿qué vais a tomar? Usted, Rosa.

D.ª ROSA. Yo, mi chocolate, como siempre, con su vaso de leche; ya sabe Mateo.

LEONOR. Yo tomaría algo muy fresco.
ESTELA. Y yo también.
D.ª ROSA. No, hijas, que estáis muy sofocadas.
LEONOR. Mamá, si estoy muerta de sed...
D.ª ROSA. Luego tomáis un vaso de agua, después del chocolate.
D. PACO. Déjelas usted que tomen lo que quieran.
D.ª ROSA. No las haga usted caso. Chocolate para todas.
CAMARERO. ¿Y el señor?
D. PACO. También chocolate.
CAMARERO. Cinco chocolates. ¿Todos con bizcochos?
D.ª ROSA. Sí, como siempre.
LEONOR. Creí que estaría usted en el Real.
ADOLFO. Me ha sido imposible... Cipriano les dirá a ustedes; teníamos que ver a un amigo enfermo.
LEONOR. Sí, sí; ya está usted bueno. Por supuesto que yo ya le conozco a usted.
ADOLFO. Le juro a usted. Leonorcita...
LEONOR. Yo no soy una tonta como Rosina, y si ha creído usted otra cosa...
ADOLFO. ¿Qué he de creer yo, Leonorcita?
D. PACO. Ése Teatro Real es una gloria. Yo no voy a otro teatro cuando vengo a Madrid. Soy apasionado por la música. En mi casa tengo un gramófono, y es mi única distracción en aquel aburrimiento provinciano. Y muchas veces ni ese recurso me queda; como mi señora está siempre tan delicada, la mayor parte de los días no estamos para músicas.
D.ª ROSA. El pobre don Paco puede decirse que no vive más que cuando puede hacer una escapadita a Madrid.
D. PACO. Sí que llevo una vidita poco envidiable.
D.ª ROSA. Bien dicen que el dinero no es todo en este mundo.
D. PACO. Diez y seis años, casi desde que me casé, metido en aquel lugarón; con mi señora siempre enferma, y como todos los enfermos, con sus rarezas. ¡Lo que yo me acuerdo de ustedes! De estos días que paso en Madrid, que para mí son un sueño; de ese Teatro Real, de estos ratos en compañía tan agradable.
FÉLIX. Muchas gracias.
D. PACO. Aquí me siento como rejuvenecido. ¡Mis tiempos de estudiante, mi vida de Madrid!...
PEPE. ¿Quiere usted que cambiemos, don Paco?

D. PACO. ¡Calle usted! Pues si yo pudiera cambiarme por cualquiera de ustedes, con sus años, con su buen humor...

D.ª ROSA. ¿Ustedes gustan?

JOAQUÍN. Buen provecho.

FÉLIX. Sí, sí, ¡nuestro buen humor! A estas horas, sí.

D.ª ROSA. Tiene razón. Los pobres también pasan sus malos ratos luchando por la vida, como luchamos todos en este Madrid. Lo que hay es que cuando viene usted, para cuatro días que está usted entre nosotros, no vamos a entristecérselos; pero si nos oyera usted aquí algunas noches..., cada uno empieza a contar sus calamidades, y es el cuento de nunca acabar. El caso es que unos con otros acabamos por consolarnos; consuelo de tontos, como suele decirse.

D. PACO. Pero ello es que ustedes se distraen.

D.ª ROSA. Eso sí. Con estos amigos siempre se pasa bien... Son tan instruídos, tan educados...

FÉLIX. Ustedes son muy amables.

D.ª ROSA. No, ya lo saben ustedes que si no fuera así no vendría yo aquí con mis hijas. Ustedes saben que las tertulias de café no están muy bien miradas; yo sé que hay quien nos critica porque pasamos aquí estos ratos, como si aquí se hiciera algo malo. Y don Paco lo sabe, que si venimos es por ustedes. El también les aprecia a ustedes, y ya ven ustedes que también tiene mucho gusto en acompañarnos a la reunión, que es tanto como autorizarnos para que vengamos nosotras, que de otro modo no vendríamos, porque para mí don Paco es..., ¡qué sé yo qué decirles a ustedes!, un amigo de toda la vida, de los que ya van quedando muy pocos.

D. PACO. Lo que yo siento es tener que vivir tan lejos de ustedes. ¡Es muy triste! Pero mientras viva mi esposa, y quiera Dios que sea por muchos años, aunque la pobre ganaría con morirse, en el estado en que se encuentra, y no quiero pensar lo que sería de ella si yo faltase antes.

D.ª ROSA. ¡Por Dios, don Paco! Ni pensarlo; usted está en lo mejor de su vida, y quién sabe lo que Dios le tendrá reservado, por lo mismo que no ha sido usted muy feliz. Por supuesto, como no lo somos nadie en este mundo. ¡Ay, qué vida ésta! Y cuando ve una que lo que haría su feli-

cidad es lo que tiene de sobra mucha gente, que tampoco es feliz, porque no hace aprecio de ello...

PEPE. Yo siempre he dicho que con la felicidad que hay en el mundo todos podríamos ser felices, si la felicidad no se equivocara de puerta.

D.ª ROSA. Si nos oyera usted aquí algunas noches, se reía usted sin ganas, don Paco, cuando jugamos a los sueños, como yo digo. Empezamos a decir lo que hubiéramos querido ser en este mundo... Y, mire usted, no son cosas tan imposibles, pues ni eso.

D. PACO. Sí que será divertido oírles a ustedes. ¿Y qué sueños son esos? Díganme ustedes.

FÉLIX. ¿Piensa usted ser nuestro genio protector?

D. PACO. ¡Qué más quisiera yo! Pero ¿y a mí, quién me protege? ¿Creen ustedes que yo no sueño también?

FÉLIX. Sueña el rico en su riqueza.

D. PACO. ¡Ay!, el dinero, sobre que no es tanto como ustedes creen, ¿qué vale el dinero?

PEPE. ¿No lo dije? La felicidad, que se equivocó de puerta.

D. PACO. ¿Es ése su sueño de usted?

PEPE. Pues ¿cuál otro, don Paco? Si yo tuviera dinero, escribiría mis comedias, las que yo concibo, las que yo sueño... O renunciaría a escribirlas, y no sería un fracasado más. Ahora, como no tengo dinero ni sirvo para nada, tengo que aferrarme como un desesperado a la idea de que sirvo para escribirlas, porque yo sé que no sirvo para otra cosa.

D. PACO. Que no se lo habrá usted propuesto.

PEPE. No, don Paco. Fuera de nuestra literatura y de nuestra música, no servimos para nada. ¿No es verdad, señores, que no servimos para nada?

TODOS. ¡Para nada, para nada!

D. PACO. Será por culpa de ustedes.

PEPE. Quizás; por culpa también, que ellos tal vez dirían que tampoco era suya, de nuestros padres, que no tuvieron valor para darnos un oficio, ni bastante dinero para darnos una instrucción sólida, que en la vida moderna representa o mucho dinero o un esfuerzo personal de energías extraordinario.

D. PACO. ¿Pero ustedes no se sienten artistas por verdadera vocación? La vocación, el nombre lo dice, es algo que nos llama, es la voz de nuestro destino en la vida.

PEPE. Sí, es cierto; pero por una vida humana totalmente realizada como una obra de arte, ¡cuánta obra imperfecta! La Naturaleza es pródiga, y no se para a corregir: borra o suprime cuando se equivoca. Cada fruto cuajado supone mil flores heladas; por una cosecha que se logra, ¡cuántos campos arrasados!; por un hombre que llega a la plenitud de su vida, ¡cuántos niños que mueren! Para que un gran artista triunfe, ¡cuántos han de sucumbir fracasados!

D. PACO. Con esos ánimos...

PEPE. Con esos ánimos va todo un ejército a la guerra; todos saben que ha de haber muertos, vencidos y vencedores. Si cada uno supiera de antemano la suerte que le corresponde, todos serían derrotados, porque, ¿quién iba a dar su vida para que otros vencieran?

D. PACO. Ya veo que no es usted el que más sueña.

PEPE. No, yo he despertado ya. Estos amigos, sí; todavía esperan.

CIPRIANO. Yo no; ya veis que he renunciado por completo a escribir.

D.ª ROSA. Una lástima, porque usted no sabe qué cosas tan bonitas escribe. Pero le producía tan poco, tiene que atender a las necesidades de su casa.

D. PACO. Eso está bien.

D.ª ROSA. Su madre es viuda, y sus hermanas... ¿Cuántas hermanas tiene usted Cipriano?

CIPRIANO. Cuatro, señora.

D. PACO. Y ¿trabaja usted? ¿Algún empleo?

CIPRIANO. Modestísimo.

D. PACO. ¿Del Estado?

CIPRIANO. No, en unas oficinas particulares. Todo el día trabajando. Cualquiera piensa después en literaturas. Eso se acabó.

D. PACO. ¿Y los músicos?

FÉLIX. Yo no estoy desilusionado. Yo no sé cómo, pero yo sé que pronto he de realizar mi sueño... Viajar por el extranjero, estudiar, saturarme de Arte, de música sublime, y después ¡el triunfo!

GERMÁN. Yo con ir a París me contentaba.

PEPE. Vosotros no tenéis familia que os ate.

D. PACO. ¡Ah! ¿Usted también tiene a su cargo?...

PEPE. A mi cargo, desgraciadamente, no. Soy casado, con una niña de tres años.

D. PACO. No sabía...

D.ª ROSA. Es una historia. Se casó muy enamorado, sin pensar en nada; los padres de la muchacha tuvieron que hacerse cargo de ellos. La familia, lo que sucede, se lo echaba en cara o cada momento; entonces él dejó a la muchacha con sus padres, y el matrimonio se ve por ahí como dos novios, porque quererse se quieren mucho.

PEPE. Eso sí.

D.ª ROSA. Y ya ve usted, con una hija.

PEPE. A la que mis queridos suegros han enseñado a mirarme como a un criminal... En fin no quiero hablar de esto. Mi sueño, todo mi sueño sería encontrar algo donde ganar lo preciso para sostener una pobre casa; pero ni eso, ni eso. Y mis suegros tienen razón; fuí un criminal cuando me enamoré de su hija.

CIPRIANO. Por eso yo no me he atrevido en mi vida a querer a ninguna mujer; cuando alguna me gusta procuro no mirarla siquiera. ¿Para qué?

D. PACO. ¿Y usted, Adolfo, que está tan callado?

PEPE. ¡Oh! Adolfo es el hombre feliz con camisa planchada, cuando dicen que el hombre feliz no tenía camisa.

ADOLFO. ¿Feliz yo?

PEPE. Sólo sueña con ser literato.

ADOLFO. Eso sí, ¡literato!

FÉLIX. Y como no le falta para vivir, y será rico el día de mañana, también será literato; con dinero se es todo lo que se quiere.

D. PACO. ¡Qué juventud tan desengañada!

D.ª ROSA. ¿Qué le decía yo a usted don Paco?

D. PACO. Y usted, Rosa, ¿qué sueños son los suyos?

D.ª ROSA. ¡Ay! ¿Yo? Para mí; nada sueño ni deseo. Mis hijas es lo único que me preocupa en este mundo.

D. PACO. Es natural. Y las nenas, ¿qué dicen cuando juegan ustedes a los sueños? ¿Qué dice Rosina?

ROSINA. Yo, nada. ¡Sea lo que Dios quiera!

LEONOR. ¿Yo? Ya lo saben todos. Mi sueño sería viajar, viajar mucho.

D. PACO. ¿Sola?

LEONOR. En eso no he pensado.

D. PACO. ¿Y tú, Estela?

ESTELA. Yo, todo lo contrario: tener una casita, una casita mía, eso sí, con jardín...

D. PACO. ¿Aunque fuera en un pueblecito?

ESTELA. ¡Ay, mire usted, eso no! En Madrid, siempre.

(Entran Enrique con Amelia y Matilde por la derecha.)

ENRIQUE. *(Saludando al pasar.)* Buenas noches, adiós. *(Salen Enrique, Amelia y Matilde, suponiéndose que van a sentarse a una mesa, fuera de la vista del espectador.)*

ADOLFO. ¿Es Enrique?

FÉLIX. Sí.

D.ª ROSA. ¿Han visto ustedes?

D. PACO. Ese joven también venía a la reunión algunas veces.

D.ª ROSA. Sí.

CIPRIANO. ¡Rosina! ¿Qué tiene usted?

ROSINA. Nada. ¿Ve usted como es un infame?

LEONOR. Rosina ya está haciendo el paso.

ESTELA. Ya, ya. Nos pondrá en ridículo, como siempre.

ROSINA. No, no diga usted nada.

CIPRIANO. Sí, sí... Rosina se ha puesto mala.

D.ª ROSA. ¡Hija! ¿Qué tienes?

D. PACO. ¡Rosina! ¿Qué ha sido eso?

LEONOR. ¿No lo dije? ¡La pegaría!

FÉLIX. El calor del Teatro.

ADOLFO. Que traigan tila, azahar... *(Rosina rompe a llorar.)*

CIPRIANO. ¡Rosina!

D.ª ROSA. ¡Ay hija! ¡Eres tan tonta!

D. PACO. Déjela usted que llore; no será nada.

D.ª ROSA. ¡Qué nervios! ¡Me tienes más harta!...

D. PACO. No la riña usted. Que tome algo...

D.ª ROSA. No, no; nos vamos ahora mismo... Contigo no se puede ir a ninguna parte. Ustedes perdonen. Vamos hijas... Yo te diré en casa...

CIPRIANO. ¿Se siente usted mejor?

ROSINA. Sí, ya se pasa.

CIPRIANO. Está usted muy pálida.

PEPE. Abríguese usted.

D.ª ROSA. Va bien abrigada.

D. PACO. Que avisen un coche.

D.ª ROSA. ¿Para qué? Si estamos a un paso. ¿Cómo te encuentras?

ROSINA. Mejor, bien... no ha sido nada...

D.ª ROSA. Bueno, vamos. Muy buenas noches a todos, y perdonen ustedes el mal rato.

FÉLIX. ¡Por Dios!

PEPE. ¿Quieren ustedes que las acompañemos?

D.ª ROSA. No, muchísimas gracias... Viene don Paco; sería llamar la atención.

D. PACO. Señores...

FÉLIX. Que no sea nada.

JOAQUÍN. Que usted se alivie, Rosina.

GERMÁN. Cuídese usted, Rosina.

CIPRIANO. Hasta mañana, Rosina.

TODOS. Buenas noches, buenas noches.

CAMARERO. ¿Se puso mala la señorita?

D.ª ROSA. No ha sido nada, un mareíllo.

CAMARERO. Más vale así. Muy buenas noches. *(Salen D.ª Rosa, Rosina, Leonor, Estela y D. Paco.)*

FÉLIX. ¡Gran escena! Y decías que era ella la que había dejado a Enrique.

CIPRIANO. Ha sido ella, sí... Y lo que ha hecho Enrique es una canallada.

PEPE. Calla, que viene a saludarnos.

CIPRIANO. No me importa. Se lo diré en su cara.

PEPE. ¡Cállate!

ENRIQUE. ¡Hola, chicos!

FÉLIX. ¡Adiós, Enrique!

GERMÁN. ¡Hola!

ENRIQUE. Antes, no me acerqué a saludaros por... Ya podéis figuraros. He venido con esas; Amelia se empeñó en que entrásemos aquí; ya sabéis lo que son las mujeres. Le bastaba saber que venían aquí las otras... ¿Cómo se han ido hoy tan temprano?

FÉLIX. No es tan temprano.

ENRIQUE. Voy a llamar a esas. Nos sentaremos aquí, ya que estamos solos.

PEPE. No, deja, no...; hoy no estamos de humor.

ENRIQUE. ¿Qué os pasa? Estais así... ¡Qué se yo! ¿Han dicho algo? ¿Han creído que he venido aquí a propósito, a darle achares?

CIPRIANO. Lo hemos creído todos; mucho más, conociéndote a ti.

ENRIQUE. ¡Oye, oye!

CIPRIANO. Y que hiciera esas cosas un señorito de pueblo; que las hiciera éste...

ADOLFO. Oye, que no me meto contigo.

CIPRIANO. ¿No tenías otro sitio donde lucir tus conquistas?

ENRIQUE. Mira, mira, si lo tomas así... Yo vengo de donde me parece; no tengo que dar cuentas a nadie.

CIPRIANO. Pues yo te digo que eso no se hace cuando se tiene...

ENRIQUE. Cuando se tiene, ¿qué? Vamos que estoy viendo lo que andas buscando, y no sé por qué. Ya tienes el campo libre. ¿No querías eso?

CIPRIANO. Lo que quiero es que no vuelvas a saludarme en tu vida.

ENRIQUE. Me alegro tanto. Así, no tendré el sentimiento de no poder decirte algo que te convendría saber.

CIPRIANO. Lo que vas diciendo a todo el mundo, ¿verdad? Porque eres un canalla.

ENRIQUE. *(Abalanzándose sobre Cipriano.)* ¿A mí? ¡Toma!

CIPRIANO. ¡Si me tocas, te mato! *(Todos se apresuran a separarlos. Caen botellas y vasos.)*

PEPE. ¡Cipriano!

FÉLIX. ¡Enrique!

JOAQUÍN. ¡Chicos! ¿Qué es eso?

ENRIQUE. ¡Suelta!

CIPRIANO. ¡Déjame!

CAMARERO. ¡Señores! Tengan modo. ¿Qué formas son estas? *(Amelia y Matilde aparecen muy asustadas.)*

AMELIA. ¡Enrique, por Dios!

MATILDE. ¡Enrique! ¿Qué sucede?

ENRIQUE. Nada, nada.

FÉLIX. Vamos, anda.

PEPE. ¡Qué tontería; dos amigos!...

CIPRIANO. Ese no es amigo de nadie. ¡Es un canalla, un canalla!

PEPE. Calla tú.

ENRIQUE. Ya sabes donde puedes buscarme.

CIPRIANO. Yo te buscaré, descuida.

ADOLFO. *(A Enrique.)* Voy contigo. ¿Quién viene también? Ven tú, Joaquín. Esto no puede ser. ¡Dos amigos!

AMELIA. Pero, Enrique, ¡si yo me hubiera figurado una cosa así!...

ENRIQUE. No ha sido nada. ¿Qué se debe?

CAMARERO. Va todo mojado.

ENRIQUE. Deje usted.

CAMARERO. Son tres pesetas. *(Salen Enrique con Amelia, Matilde, Adolfo y Joaquín.) (Pausa.)*

FÉLIX. *(A Cipriano.)* Vamos, hombre, ¿ves lo que yo te decía en broma? Tú mismo no te dabas cuenta.

CAMARERO. *(A Félix.)* El encargado que quiere hablarles.

FÉLIX. Vamos.

GERMÁN. ¿Te supones?...

FÉLIX. Sí, que nos vayamos con la música a otra parte. Era de esperar después de esto.

CIPRIANO. Sentiría que por mí...

FÉLIX. No sientas nada. Eso es lo de menos. Anda, vamos a que nos den la cuenta. *(Salen Félix y Germán.)*

PEPE. Pero, ¿es verdad? ¿Querías tú a Rosina?

CIPRIANO. ¿No lo ves? ¿No lo estás viendo? ¡Con toda mi alma!

PEPE. Vamos, no seas chiquillo, no llores así. ¿A ver? Te has hecho sangre; mira.

CIPRIANO. Déjalo, ¡qué importa!

PEPE. Te habrás herido con algún vidrio.

CIPRIANO. ¡Déjalo, déjame!

PEPE. Anda, levántate. Vamos a la calle, que te de el aire.

CIPRIANO. No. ¡Déjame, déjame! ¡Ese canalla ha perdido a Rosina, por ser yo un cobarde, un cobarde!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Habitación modestísima en casa de D.ª Rosa.

ESCENA I

LEONOR y ESTELA

ESTELA. *(Arreglando un sombrero.)* ¿Qué te parece?

LEONOR. No me gusta nada.

ESTELA. A mí tampoco. Pero mejor que estaba...

LEONOR. No sé qué te diga. Yo le quitaría ese grupo.

ESTELA. A ver. Sin el grupo no dice nada.

LEONOR. Pues déjalo. Para donde hemos de ir este invierno.

ESTELA. Sí que vamos a divertirnos. ¡Qué vidita llevamos!

LEONOR. Esto es pagar justos por pecadores. Porque la señorita haya sido una loca...

ESTELA. Oye. ¿Y hoy también ha salido?

LEONOR. Bien tempranito; por lo visto no piensa en volver. Verás si mamá vuelve antes que ella... No, si la señorita se ha propuesto que tengamos una escena diaria.

ESTELA. Bueno...; no le doy más vueltas. ¿Cómo hace puesto?

LEONOR. Mira, no está tan mal. A ver... Puede pasar.

ESTELA. ¿Y a dónde ha ido la señorita?

LEONOR. Ya puedes figurártelo.

ESTELA. ¡Ah! ¿Pero ahora va a ser todos los días?

LEONOR. Creerá que eso es quererle más. No, si por su gusto iría pregonándolo por esas calles... Y hoy también ha ido de facha, con la mantilla, para que toda la vecindad y cualquiera que la conozca y la vea por ahí se figure...

ESTELA. Conque se figure la verdad, basta.

LEONOR. ¡Sí ya lo sabe todo el mundo! ¡Como que esas cosas pueden ocultarse! ¡Qué vergüenza! Y era esa la que se la daba de lista; sabía más que todas; todas éramos unas simples a su lado, cuando no éramos unas locas.

ESTELA. ¡Qué estúpida! Fiarse de un hombre.

LEONOR. Y de un hombre como Enrique, tan corrido... *(Suena el timbre.)* ¿Será ella?

ESTELA. Ya es hora.

LEONOR. ¿Vas tú?

ESTELA. Yo iré...

LEONOR. Me alegraría que fuera mamá.

ESTELA. Yo no, por no oír discusiones.

ESCENA II

DICHOS y DOÑA ROSA por la derecha.

D.ª ROSA. ¿No ha venido nadie?

LEONOR. Nadie... ¡Ah, sí!... Una muchacha que venía a pretender de parte del de la tienda de ultramarinos.

D.ª ROSA. ¿Qué la habéis dicho?

LEONOR. Que volviera, porque nosotras no podíamos decirla nada; como tú habías ido a tomar informes de la que vino a pretender esta mañana... De modo que quedó en volver anochecido.

D.ª ROSA. Me alegro; porque de esta no he podido conseguir que me den informes. En una casa me salió una señora, que de todo tenía facha menos de señora, dando gritos, diciendo que de allí hacía dos meses que se había ido y que ella no tenía para qué dar informes. En otra casa salió el señor, y cuando empezaba a darme los informes, la señora, que según me dijo el señor, estaba en cama muy acatarrada, empezó también a dar gritos desde la alcoba: «¿Quié te mete a ti a dar informes? Aquí no ha estado más que ocho días y no sabemos nada... Eso de dar informes es muy delicado.» El señor, que debe ser un Juan Lanas, ya no se atrevió a decirme nada, me despidió muy fino y sólo a la puerta me dijo: «Mire usted, no parecía mala muchacha; ahora que mi señora...» En esto, la señora vuelve otra vez a llamarle

a gritos... Debe ser de caballería la señora... Total, que no me decido a tomarla. No es bastante que le parezca buena muchacha a un buen señor, que debe estar muy harto de su señora. Esta que ha venido, ¿qué traza tiene?

LEONOR. Muy buena traza.

D.ª ROSA. ¡Qué pelea! Y como yo estoy tan mal acostumbrada... Habíamos tenido tanta suerte con las criadas...

ESTELA. De eso ya podemos despedirnos. Con todas nos sucederá lo mismo. Como antes no tenía ninguna por qué tomarse confianzas ni libertades.

D.ª ROSA. Eso es verdad.

LEONOR. Pero ahora..., con traer y llevar recaditos y encargos de la señorita... Por fuerza han de enterarse de todo, por muy tontas que fueran. Lo que no averiguan aquí lo averiguan allí... ¡Y así que aquella mujer no debe ser preguntona!... Y ya enteradas, ¿qué autoridad tiene una para reprenderlas?... Y si se las dice algo, Rosina sale a su favor...

ESTELA. Sí que estamos bien por todos estilos.

LEONOR. Aquí ya no puede vivir tranquila más que la única que tiene la culpa de todo. Esa, tan fresca..., con llorar y hacerse la víctima, cuando aquí no hay más víctimas que nosotras, porque ella es la única que sigue haciendo lo que le parece, sin importarle nada de las demás. Esta es la hora que no ha vuelto... Y no quieras saber cómo iba: con el velito, como una pordiosera.

D.ª ROSA. No quiero saber nada; me he propuesto no tener más disgustos. Y vosotras no le digáis nada tampoco.

LEONOR. ¡Cualquiera le dice nada a la señorita! Todavía se atreve a llamarnos fieras, a decirnos que no tenemos corazón... Cada día está más orgullosa de la gracia... *(Suena el timbre.)* Ya esta ahí. Vé tú, Estela. *(Vase Estela por la derecha y vuelve a poco.)* ¿Era ella?

ESTELA. Sí, se ha metido en su cuarto. Debe haber andado de compras.

D.ª ROSA. Sí, ya sé... Dejadla... ¿Para qué vamos a atormentarnos?

LEONOR. No; por mí... Pues si una dijera todo lo que sabe...

D.ª ROSA. También yo lo sé. ¿Qué se propondrá esta hija mía?

LEONOR. ¡Ah! ¿Lo sabes? Ella cree que no lo sabe nadie.

D.ª ROSA. Cuando todavía pudiera arreglarse todo. La familia de Enrique es una familia muy decente, la madre es una señora muy cristiana. Yo sé que está muy apesadumbrada por la conducta de su hijo. Lo que dijeron de que Enrique estaba para casarse con una muchacha muy rica, no es verdad. Tiene una novia de una familia en buena posición, pero nada serio...

LEONOR. Es que si la oyes a ella..., jura y perjura que aunque viniera toda la familia a pedirla de rodillas que se casara con Enrique, no se casaría.

D.ª ROSA. ¡Bah! Eso dice.

ESTELA. Claro que se dice... Hasta ahí podrían llegar las bromas.

LEONOR. Lo que hay es que no llegará ese caso.

D.ª ROSA. Sí; con el modo de ser de vuestra hermana... Cuando cualquier pretexto es bueno para excusarse, ella da más que pretextos, motivos.

LEONOR. Figúrate si el otro no sabrá que se ve por ahí con Cipriano.

D.ª ROSA. Casi todos los días, ya me lo han dicho.

ESTELA. Es su acompañante.

D.ª ROSA. No sé que dirán allí.

LEONOR. Allí creerán que Cipriano es el padre.

ESCENA III

DICHOS y ROSINA, que aparece a la puerta de la derecha.

ROSINA. Eso creen: es verdad.

D.ª ROSA. ¡Hija!

LEONOR. ¿Estabas escuchando? ¡Bonita costumbre!

ROSINA. No escuchaba; venía, y oí lo que hablabais.

LEONOR. Pues tú dirás.

ROSINA. No tengo por qué ocultarlo. Cipriano me acompaña algunas veces, es verdad. A los pocos días de ir yo sola, me dijo un día aquella mujer: «También ha venido el padre...» Mucho había tardado, yo no podía creerlo. Tenía razón: el padre era Cipriano. Sin decirme nada, habia querido evitarme la vergüenza de que mi hijo no tuviera padre. Allí le encontré un día con el hijo mío en brazos. «Perdóneme usted que haya men-

tido», me dijo. ¡El me decía a mí que perdonara! Ahora voy allí todos los días, iría a todas horas, estaría allí siempre, porque mi hijo ha estado muy malo. Ya lo sabéis todo.

LEONOR. No se morirá; descuida.

ROSINA. A vosotras no os importaría, ¿verdad? Decidlo... No lo digáis, porque es lo único que no os consiento.

ESTELA. Ya saltó.

LEONOR. ¡Sí; aquí la única santa, la única buena, eres tú! Ya lo sabemos.

ROSINA. Yo seré todo lo que se quiera, todo lo que queráis decirme. Pero mi hijo es, para mí, antes que todo; ya lo sabéis: antes que todo. He consentido, por vosotras, en separarle de mi lado. ¿Qué más queréis? ¿Por qué no me dejasteis marcharme sola con él, como yo quería?

D.ª ROSA. ¡No digas disparates! ¿Cómo iba yo a consentirlo? Ya sabes lo que significa un hijo, para comprenderlo. Pero no eras tú sola; yo no podía perjudicar a tus hermanas. He procurado, en lo posible, y bien aconsejada, guardar las aparincias. No creo que tengas queja de tu madre.

ROSINA. ¡No, mamá, no; perdóname!

LEONOR. ¡Vaya!

D.ª ROSA. ¿Quieres callarte?

LEONOR. Si parece que ya no tienes más hija que ella; ella es la única que tiene razón siempre.

ESTELA. La virtud, recompensada.

ROSINA. ¡Dios guarde esa virtud vuestra de que estáis orgullosas! Yo no sabía cómo puede quererse con toda el alma, sin creer con toda el alma, también, en quien se quiere. Yo no he sabido querer y desconfiar al mismo tiempo.

LEONOR. Sí, todo eso está muy bien; pero lo que sucede siempre es lo que te ha sucedido a ti y lo que le sucederá a toda la que sea tan tonta como tú.

D.ª ROSA. ¡Hija, Leonor!

LEONOR. ¡Déjame, que bien se hartaba ella de llamarnos tontas a las demás, y de parecerle mal todo lo que hacíamos!

ROSINA. Ya estoy castigada, ya lo veis; ya sois vosotras las que podéis decírmelo todo; ya me lo decís a todas horas. Sería más generoso no humillarme tanto; pero tenéis razón: la virtud tiene sus privilegios. Y está bien que me acuséis vosotras,

que me acusen todos, hasta la madre mía. Mi conciencia me acusa tan poco, el cariño de mi hijo vale para mí tanto, que si no viera cómo he perdido vuestro cariño, si no me pesara el daño que por mi culpa he podido haceros, sería más dichosa que nunca, y no es justo, no es justo que yo sea tan dichosa cuando soy tan culpable.

D.ª ROSA. No atormentéis a vuestra hermana.

LEONOR. Y si quieres, seremos nosotras las que nos vayamos.

D.ª ROSA. ¡Leonor!

LEONOR. Si la señorita no tiene bastante libertad, cuando por ella estamos aquí encerradas; cuando no se atreve una a presentarse en ninguna parte por no pasar la vergüenza que ella no pasa; cuando por ella nos juzgarán a todas lo mismo... Y puede ser, como hay hombres para todo, que ella sea la única que se case.

ROSINA. ¡Oh!

LEONOR. ¿Por qué no? Con Cipriano.

ROSINA. ¡No aceptaría yo!

ESTELA. ¡Vamos! Entonces, no os casaréis, y será peor.

ROSINA. No aceptaría él. Con esto os he dicho cómo le quiero y cómo me quiere. No me casaría nunca con él, porque yo no podría consentir que hubiera en el mundo un hombre infame que pudiera sonreír burlonamente al pensar en un hombre honrado. No seré nunca suya, porque él sabe que el error que una mujer comete en su vida la obliga más que la virtud de antes a ser ya siempre virtuosa. Un error puede justificarse, por lo mismo que tal vez no se explica; otro error... los explica todos, y ya no puede justificarse ninguno.

D.ª ROSA. Entonces, si ves tan claro en tu situación, ¿por qué das lugar a que tu conducta pueda servir de pretexto para que el único hombre que puede ser tu marido tenga razón para negarse a ello? Cuando su familia está muy bien dispuesta, cuando aún podemos esperar...

ROSINA. ¿Esperar? ¿Qué? No; todo menos eso. Ya lo he dicho. Ya sé que has ido tú misma a suplicar a otra madre, ya sé que se ha discutido y se ha regateado mi honra. Lo que no saben ellos es que por nada de este mundo, ni por mi hijo, ¡ya ves, ni por mi hijo, que no llevará nunca el nombre de su padre!, consentiría yo en ser la mujer

de ese hombre. No; ése sí que sería un castigo superior a mis fuerzas. Yo le perdonaría que pensara de mí lo que quisiera, que me juzgara la mujer más despreciable, la más indigna de llevar su nombre, le perdonaría... hasta que me hubiera separado de mi hijo, creyendo que no podía ser una buena madre... Le perdonaría todas las infamias y todas las crueldades para conmigo solo... Pero ¡el hombre que se niega a ver a su hijo, y no es capaz de sentir, siquiera, esa compasión que el más extraño siente ante una pobre criatura, tan débil, tan indefensa, que no podría vivir unas horas desamparada de compasión y de cariño!... ¿Qué debe pensarse de ese hombre? ¿Qué puedo pensar yo, que con ser ese hijo la perdición y la vergüenza de toda mi vida, con haber pensado hasta en darme muerte antes de darle vida, sólo al verle vivir ya lo olvidaba todo, y ya me parecía que aquella pobre vida valía para mí más que todo en el mundo... Y si ahora vinieran a decirme: a costa de su vida, como si nada hubiera sido..., ¡tu honra, tu felicidad, tus ilusiones!..., diría, sin dudarlo un instante, una y mil veces: ¡No, no, mi hijo! ¡El hijo de mi vida vale más que todo!

D.ª ROSA. De modo que si Enrique...

ROSINA. He comprado muy caro el derecho a despreciarle. Para abandonar a una mujer siempre puede haber una razón o un pretexto... Cualquiera es bueno para tranquilizar la conciencia de un hombre. Para abandonar a un hijo no hay razón nunca. Yo soy mujer, y soy débil, y estoy sola, y cumplo con mi deber, que es aceptar las consecuencias de mi falta, que son bien penosas y bien pudieran acobardarme, y nunca me he sentido más fuerte. Para él, no era el deber tan penoso: no era la deshonra, no era la vergüenza, y huye como un cobarde. ¡Cobardía de hombre! Cuando una mujer tiene razón para llamar cobarde a un hombre, le entierra para siempre en lo más hondo de su desprecio.

LEONOR. Sí, desprecia, desprecia. Como si se tratara sólo de ti.

ESTELA. Será Cipriano quien la aconseja de ese modo.

LEONOR. Por eso ya no está acobardada; así tiene tanta resolución para todo.

ROSINA. Para todo, sí; para salir de esta casa, para irme yo sola a ganarme un pedazo de pan o a morirme de hambre, por no soportar más vuestros insultos.

D.ª ROSA. ¡Por Dios, hijas!

LEONOR. Que se vaya, o nos iremos nosotras. ¡Así no se puede vivir!

D.ª ROSA. A mí sí que me quitáis la vida.

ROSINA. Me iré, sí, me iré; pero antes habéis de oírme todo lo que he callado.

LEONOR. ¿Tú, de nosotras?

ESTELA. ¿Qué puedes tú decir?

LEONOR. ¡Es lo que nos faltaba!

D.ª ROSA. Andad allá dentro; vamos... Y tú, Rosina.

ROSINA. Déjalas, déjalas. Ya me voy, ya me callo. *(Vase por la derecha.)*

D.ª ROSA. ¡Ay, hijas de mi vida, hijas de mi vida!

LEONOR. Ya sólo falta que nos pegue.

ESTELA. Esta era la que no hablaba nunca. Ahora bien sabe explicarse.

LEONOR. Ahora que debía estar más mansita, ya lo ves, una fiera.

D.ª ROSA. Fiera, no, hijas mías: madre. *(Se oye dentro un portazo.)*

ESTELA. ¿Habéis oído? Ha sonado la puerta. Es que se marcha.

D.ª ROSA. ¡Eso no! ¡Hija de mi alma! ¡Rosina! ¿Veis a lo que habéis dado lugar? *(Vase corriendo por la primera derecha.)*

ESTELA. ¡Ay, Leonor! ¡Que no se vaya.

LEONOR. No se irá, descuida. Lo que ella quiere es que nadie la diga nada, que todos seamos aquí a contemplarla.

ESTELA. Escucha. Es don Paco... Oigo su voz. *(Se oye dentro la voz de D. Paco.)*

LEONOR. Y ella también.

ESTELA. ¡Calla! Vienen.

ESCENA IV

DICHOS, DOÑA ROSA, DON PACO y ROSINA, que vuelve llorando. Todos salen por la derecha.

D. PACO. ¡Vamos! ¿Qué sucede? ¿Adónde iba Rosina?

D.ª ROSA. ¡Calle usted, calle usted! ¡Estas hijas! Me alegro que haya usted venido. Es preciso que las riña

usted a todas. Entre todas me van a quitar la vida.

D. PACO. ¡Vaya, si no tenemos juicio! ¿Para qué atormentarse por lo que ya no tiene remedio? Antes, antes es cuando hubieran estado en su lugar las reflexiones.

D.ª ROSA. No lo dirá usted por mí, que bastante las he predicado... Y vea usted. La que yo creía más juiciosa, la que nunca pensé que pudiera darme un disgusto...

ROSINA. ¡No puedo más, no puedo más!

D. PACO. ¡Vamos, Rosina! Anda allá dentro; tranquilízate. Y vosotras, andad también. Tengo que hablar con vuestra madre. *(Vase Rosina por la derecha.)*

D.ª ROSA. Id arreglándoos. Tenemos que salir a unas compras; los encargos de don Paco, que dirá que nunca nos acordamos, y ya no estará en Madrid muchos días. *(Vanse Leonor y Estela por la izquierda.)*

ESCENA V

DOÑA ROSA y DON PACO

D. PACO. Mañana quisiera marcharme.

D.ª ROSA. ¿Tan pronto?

D. PACO. Estamos a primeros de mes, y yo estoy haciendo allí falta. En resumidas cuentas: ¿por qué ha sido hoy el disgusto? ¿Por qué salía Rosina de ese modo?

D.ª ROSA. Lo de siempre. Que empiezan a discutir las hermanas... Yo lo comprendo: estas pobres han venido a pagar de rechazo... Leonorcita, que se hubiera casado con Adolfo; llevaban relaciones muy formales... Pero en cuanto el muchacho se enteró, fué retrayéndose...

D. PACO. No se ha perdido nada. Las relaciones serían tan formales como las otras; no me fío ya de esas formalidades. De esas tertulias de café, de esas reuniones y bailoteos de vecindad, entre gente que se ha conocido la víspera, no puede resultar nada bueno.

D.ª ROSA. No diga usted, porque usted era el primero a quien no le parecía mal nada de eso.

D. PACO. Porque usted me aseguraba que todo el mundo

era gente muy seria; que usted sabía bien con quien trataba y adónde llevaba usted a sus hijas, y ya ha visto usted..., ya ha visto usted.

D.ª ROSA. Sí; ya veo que acabará usted por decirme que yo he tenido la culpa de todo. ¿No es eso?

D. PACO. ¡La habré tenido yo! ¿Qué podía yo saber de la vida que llevaban ustedes?

D.ª ROSA. ¿Qué vida llevábamos? ¿Qué quiere usted decir con eso?

D. PACO. ¡Mira, Rosa!

D.ª ROSA. Tú eres el que ha de mirar, Paco... Y no alces la voz, que se oye todo. ¿Qué vida he llevado yo con mis hijas? La vida que podía llevar..., atenida a mi pensión...

D. PACO. ¿A la pensión nada más?

D.ª ROSA. A muy poco más. Al que no sabe lo que cuesta la vida en Madrid, le parece que son esplendideces lo que aquí son tacañerías.

D. PACO. ¿Qué quieres decir con eso de tacañerías?

D.ª ROSA. Tacañerías, ya lo he dicho; tacañerías.

D. PACO. En primer lugar, yo no soy rico.

D.ª ROSA. Nunca me he cuidado de averiguarlo.

D. PACO. Ni yo dispongo de nada.

D.ª ROSA. ¡Pobrecito! ¿Me harás creer que tu pobre mujer te tiene en un puño?

D. PACO. No es eso. Pero yo soy lo bastante delicado para dar cuentas de todo, por lo mismo que nadie me las pide. Eso que tú llamas tacañerías me ha costado muchos sacrificios.

D.ª ROSA. Los demás no hemos sacrificado nada, ¿verdad? La reputación de una mujer no significa nada. Yo hubiera podido casarme muy bien, a poco de quedarme viuda, usted lo sabe; pero entonces bien suplicaba usted.

D. PACO. No lo niego; yo esperaba, tenía la seguridad de que, si las circunstancias de la vida nos habían separado tantas veces, algún día podrían reunirnos para siempre. Esta casa era mi ilusión, mi sueño de toda la vida.

D.ª ROSA. ¿Y ya no lo es?

D. PACO. Ya no es lo que yo soñaba.

D.ª ROSA. Es verdad; porque como usted dice, hemos vivido de mala manera. ¿No es eso? ¡Habré yo sido una mala madre!

D. PACO. Yo no he dicho...

D.ª ROSA. Como no quisiera usted que hubiera tenido en-

cerradas a mis hijas bajo siete llaves... Crea usted que la mayor desgracia para una mujer es ser pobre. Que mis hijas hubieran sido ricas y que en vez de ir a un café de tertulia y a reuniones cursis, hubieran lucido en los palcos de los mejores teatros y en bailes de gran tono y entre gente distinguida, ya nadie hubiera tenido que decir nada, y aunque hubieran hecho cosas peores, se hubieran casado cuando hubieran querido y con quien les hubiera parecido mejor. ¿Cree usted que por mi gusto no las hubiera puesto a trabajar, a ganarse la vida en un taller o en un comercio? Yo no soy vanidosa ni tonta. Pero como mis hijas, por suerte o por desgracia... Ahora ya veo que por desgracia, no son ningún coco que asuste, usted me dirá si no hubieran corrido mayores peligros de ese modo. Eso de la independencia y el trabajo de la mujer es muy bueno para las feas; la mujer que vale como mujer, donde quiera que vaya estará siempre expuesta. Una mujer guapa, una mujer, créalo usted, no se salva más que teniendo mucho dinero, porque se casará siempre que le dé la gana, o con mucho aplomo o mucho cálculo, para atrapar a un marido que la convenga. Y éstas, que son las que pasan por formales, crea usted que serán las formales, pero no son las mejores precisamente. Se trata de mis hijas, ha sucedido lo que ha sucedido y... ya ve usted, con la mano puesta en el corazón, no diría yo nunca que mi pobre Rosina sea la peor de las tres, porque haya sido la más desgraciada.

D. PACO. Pienso lo mismo.

D.ª ROSA. Entonces, no diga usted que nadie ha tenido la culpa. No consiste en vivir de esta o de la otra manera; es cuestión de dinero. Lo que le ha sucedido a usted hoy es de lo que no hemos hablado todavía, aunque era lo que más importaba; es que ha hablado usted con esos señores y le han convencido a usted, en vez de convencerlos usted a ellos. Los hombres siempre acaban por ponerse de acuerdo cuando se trata de juzgar a las mujeres. ¿Ha visto usted, por fin, al padre de Enrique?

D. PACO. La entrevista ha sido tan poco satisfactoria, que no hubiera querido hablar de ella.

D.ª ROSA. De modo que...

D. PACO. Ya presumía yo que mi intervención y mi visita serían contraproducentes. Pero, tú no lo quisiste entender así, y por no contrariarte, porque no creyeras que yo también me desentendía...

D.ª ROSA. ¡Estamos tan solas! Yo creí que la intervención de un amigo...

D. PACO. Amigo es un título tan vago... Y este Madrid, donde parece que nadie le conoce a uno, no es más que un pueblo grande. Ese señor, muy atento, sin decirme nada que pudiera ofenderme, me ha dado a entender que yo era, acaso, el que menos podía extrañarme de nada.

D.ª ROSA. ¡Sí, tú has dejado que se me ofenda!

D. PACO. Allí no se ha dicho nada que fuera ofensivo.

D.ª ROSA. Tú dirás si esas suposiciones no son una ofensa...

D. PACO. Pero, ¿vamos a engañarnos nosotros, cuando no engañamos a los demás?

D.ª ROSA. ¿Qué quieres? Hay cosas que siendo verdad, cuando uno las piensa, le parece mentira cuando las oye.

D. PACO. Por eso conviene oírlas de vez en cuando, para acostumbarse; porque no dándonos cuenta de nuestra situación en la vida, estamos siempre expuestos a equivocarnos.

D.ª ROSA. Eso es decir que yo no tengo ningún derecho a que mis hijas sean respetadas. Ya ves, ya ves tú, que hablabas de sacrificios, quién ha sacrificado más.

D. PACO. Sí, tú a tus hijas, por no sacrificarlas. Si no hubieran tenido aspiraciones impropias de su posición. No las habrán faltado proporciones modestas.

D.ª ROSA. Sí, tan modestas. Ya ves, Cipriano, que ni siquiera se atrevió nunca a declararse porque él mismo comprendía que era una locura. Proporciones para morirse de hambre; bodas como la de Pepe; para tener que irse cada uno por su lado a los dos meses de matrimonio... ¡Ay de las señoritas pobres! que son demasiado para casarse con otro pobre, y muy poco para casarse con un rico. Y si llaman la atención del señorito de buena familia, es sólo para burlarse de ellas... Y si resisten..., ¡lo que saben!; pero saben más ellos. Y si ceden, ¡qué locas o qué infelices! Y siempre ellos los listos... En fin, que mi pobre hija no debe esperar nada. ¿No es eso? Ni tampoco esa criatura inocente que será mi pesadilla toda la vida.

D. PACO. La familia cree tener razones... No obstante, ellos no se niegan a ofrecer alguna compensación material... Yo, naturalmente, no podía insistir sobre este punto tan delicado. El buen señor no puntualizaba tampoco. Sólo me dió a entender que esto sería a petición de la misma Rosina, a nombre de su hijo, que ella misma indicara...

D.ª ROSA. Ya, una capitulación.

D. PACO. Yo nada puedo aconsejar... Sobre esto, sólo ella, vosotras sois las que podéis resolver.

D.ª ROSA. A Rosina es inútil decirle nada; sé lo que había de contestar. Yo por mi parte, tampoco quisiera verme precisada... Tú eres el que debes aconsejarme. Yo no quisiera decirte nada nunca, pero nuestra situación...

D. PACO. Ya, ya me hago cargo.

D.ª ROSA. Lo supongo.

D. PACO. Yo creo que después de todo, aunque Rosina... no se trata de ella; se trata del porvenir de esa criatura... Yo creo que no hay humillación para una madre...

D.ª ROSA. No, no hay humillación para una madre; lo sé por experiencia. Pero Rosina no conoce aún la vida lo bastante; aún se rebela contra su triste destino de mujer. No la digamos nada. Ella le estima a usted mucho.

D. PACO. Tú crees que si yo la dijera...

D.ª ROSA. Ya te he dicho que mi hija aún no sabe bastante de la vida. Sabe ya del egoísmo de los hombres; pero no es tan malo ese egoísmo de juventud que no se disfraza, como ese otro egoísmo reposado que se disfraza de cariño para no perder el derecho a exigirlo de los demás.

D. PACO. ¡Si crees que no entiendo tus reticencias! ¿Qué te propones? ¿Que tengamos un disgusto?

D.ª ROSA. No, no. Yo conozco demasiado la vida; por eso, aunque conozco a la gente, sé hacer como si no la conociera. ¡Estela! ¡Leonor! ¿Estáis ya? Vamos.

D. PACO. Yo siento...

D.ª ROSA. No se hable más.

D. PACO. Si te has disgustado... No tienes razón... Yo haré un nuevo sacrificio.

D.ª ROSA. Y yo te lo agradeceré mucho. También me ha enseñado la vida a no ser rencorosa. *(Salen por la izquierda Leonor y Estela.)* Usted siempre tan bueno, don Paco. ¿Nos acompaña usted?

D. PACO. Un poco. A las siete he de verme con unos amigos.

D.ª ROSA. Sí, aquí llevo la lista de todos los encargos. El abrigo de su señora, ¿ha de ser negro, precisamente?

D. PACO. O de cualquier otro color, siempre que sea en obscuro. A gusto de ustedes.

D.ª ROSA. ¡Ah! ¡Rosina! ¡Rosina! No la hemos dicho que nos vamos, y si vuelve la muchacha de antes... *(Sale Rosina por la derecha.)*

ROSINA. ¿Me llamabas?

D.ª ROSA. Sí; que nos vamos. Te quedas sola. ¿No tendrás miedo?

ROSINA. No.

D.ª ROSA. Vamos a hacer esas compras antes de que anochezca. Si viene una muchacha que quedó en volver, que diga dónde hay que tomar los informes, y qué salario quiere ganar y lo que sabe hacer. Hasta luego. Mira qué ojos te has puesto. Adiós, hija mía.

D. PACO. Adiós, Rosina.

ROSINA. Hasta la noche, don Paco. *(Vanse todos por la derecha. Rosina se queda sola, mira por las vidrieras un momento, después vase por la derecha y vuelve a poco con un envoltorio, el cual deja encima del costurero, y en este momento se oye el timbre y vase ella a abrir, saliendo a poco con Cipriano por la derecha.)*

ESCENA VI

ROSINA y CIPRIANO.

ROSINA. Pase usted, Cipriano, pase usted.

CIPRIANO. Usted me perdonará que venga cuando está usted sola.

ROSINA. Siempre me está usted diciendo que perdone. Pero, ¿qué tengo yo que perdonarle a usted nunca, Cipriano?

CIPRIANO. Yo creí que aún no había usted vuelto; esperaba verla a usted pasar. Estaba sentado a una ventana, en el café de enfrente, un café como el nuestro, tan alegre, ¡tan triste como aquel! Vi salir a su mamá con Leonor y Estela, y pensé que usted

debía estar ya en casa. Salí del café, pasé por delante de los balcones, la vi a usted asomada a la vidriera y me he atrevido a subir, porque suponía que estaba usted impaciente por saber...

ROSINA. Sí, sí; ha hecho usted bien. Antes debió usted subir.

CIPRIANO. No creí que estuviera usted, ya digo. Además, voy a serle a usted franco; he notado que su mamá y sus hermanas me ponen mala cara. Estuve ayer, no quiero menudear las visitas. No volverán muy pronto, ¿verdad?

ROSINA. No, seguramente. Dígame usted: ¿llevó usted a su amigo? ¿Ha visto a mi hijo?

CIPRIANO. Sí, acababa usted de salir, según nos dijo la mujer. Mi amigo vió al niño; le encontró perfectamente, algo debilitado, pero no hay que temer nada. Mi amigo es un muchacho muy inteligente. Yo tengo mucha confianza en él... El otro médico, la verdad, no me inspiraba ninguna.

ROSINA. Ya ve usted, yo, ¡pobre de mí! Me asusté tanto en los primeros momentos, tanto cuando me avisaron; el que me dijo aquella gente, el primero que se encontró. Pero, ¿dice usted que su amigo?

CIPRIANO. Sí, sí. Que no hay cuidado; el niño está perfectamente. Y si viera usted como se reía con nosotros...

ROSINA. ¡Hijo de mi vida! ¡Estaba tan tristecito estos días!... ¡Qué días he pasado!... Digo días y digo que he pasado, y es siempre, y será así toda la vida.

CIPRIANO. No, Rosina. ¿Por qué?

ROSINA. Sí, Cipriano, sí. Usted sólo me ve allí, cuando todo lo olvido, cuando todo se borra para mí, cuando tengo a mi hijo en los brazos, y me miro en sus ojos, los únicos ojos que puedo ya mirar, sin ver en ellos crueldad o tristeza... Cuando se ríe así, así como usted dice que se reía hoy... esas miradas y esas risas de niño que saben más del cielo que de la tierra...

CIPRIANO. A mí, ya me conoce. Digo, yo me figuro que me conoce.

ROSINA. No sé, Cipriano; pero esté usted seguro de que algún día le conocerá para bendecirle, y que si no le llama a usted padre será... porque usted tendrá unos hijos de una mujer que le querrá a usted mucho, que será muy dichosa y acaso pudiera ofenderse de que mi hijo, el hijo de esta

desgraciada mujer, le llamara a usted padre como los suyos.

CIPRIANO. Rosina, bien sabe usted que yo le hubiera dado mi nombre, mi pobre nombre, y ojalá fuera tan glorioso como yo le he soñado... Pero no tenemos derecho a interponer nada irreparable entre el pasado y el porvenir. ¡Quién sabe lo que puede ser de la vida de todos! Enrique es joven: acaso algún día...

ROSINA. No hable usted de él.

CIPRIANO. ¿No le ha dicho a usted hoy nada don Paco, Rosina?

ROSINA. ¿Era hoy la entrevista? Esa entrevista que yo no he podido evitar.

CIPRIANO. Creo que era hoy, sí... Ya sabe usted que Adolfo me tiene al corriente de todo. Y quería decirle a usted algo, Rosina. ¿Me perdonará usted?

ROSINA. ¿Otra vez, Cipriano?

CIPRIANO. Sí, sí; aunque a usted la ofenda. Tiene usted mucho que perdonarme: he sido muy egoísta; me he dejado llevar del cariño, del interés que usted me inspiraba, y creyendo hacer bien, he hecho mal.

ROSINA. Sí, sé lo que va usted a decirme: que la familia de Enrique, el padre muy respetable, la madre muy cristiana, han tomado minuciosos informes de mi vida. Todo hace falta cuando se quiere tranquilizar la conciencia. Es difícil poder conciliar un sueño tranquilo hasta no estar seguros de que el dinero que se ha robado era de un ladrón, y la honra de quien ya estaba deshonrado. Sé todo lo que dicen: deben agradecerme que yo haya facilitado sus mejores disculpas. Dicen que usted y yo estábamos en relaciones; saben que usted me acompaña; sabrán que está usted aquí ahora, los dos solos... Deben agradecerlo. Esta noche, cuando la familia se siente a la mesa, podrán mirarse unos a otros a la cara, sonrientes y satisfechos, todos con la conciencia tranquila... Y usted, Cipriano, usted en tanto, no está usted seguro de haber hecho bien, y viene usted a decirme que yo le perdone.

CIPRIANO. ¿Qué quiere usted? Yo me hubiera alegrado si Enrique...

ROSINA. No mienta usted. No va usted a parecerme mejor por querer parecerme menos egoísta... Yo lo

he olvidado todo, lo he perdonado todo, por mi hijo y por usted.

CIPRIANO. ¡Por mí!... Adiós, Rosina. Hasta mañana.

ROSINA. Espere usted. Tengo que decirle algo... Estoy resuelta a marcharme de esta casa.

CIPRIANO. ¡No! ¿Por qué?

ROSINA. Sí, sí. No puedo más, no es posible. Mis hermanas, mi madre...: es una lucha continua, superior a mis fuerzas. Aquí soy un estorbo; mis hermanas me lo dicen. Mi madre no lo dice, pero llora por mí y por ellas... Por mí, ya no es posible que haya alegría ni tranquilidad en esta casa, he comprometido hasta su bienestar; sí, lo sé, su bienestar..., las esperanzas de todos... ¿Cómo no han de dejarme sentir que todo es por mi culpa?... Mis hermanas, con sus palabras; mi madre, con sus lágrimas; otras personas que antes me estimaban, con su acritud o su desvío... ¡Ay, Cipriano! Creemos contar con afectos seguros, que nunca han de faltarnos, y cuando más necesitamos de ellos, los vemos alejarse y perderse.

CIPRIANO. Es verdad. Nos creemos rodeados de afectos, nos parece que ellos son nuestro sostén en la vida, y es porque sólo nos hemos apoyado en ellos con blandura, en los días apacibles de nuestra vida; pero si en días de borrasca, como náufragos desesperados, necesitamos asirnos de ellos fuertemente para salvarnos, los vemos hundirse con nosotros... ¿Y qué piensa usted hacer, Rosina?

ROSINA. ¿Qué voy a pensar? Ganar mi vida, sea como sea. Nada me asusta.

CIPRIANO. No, Rosina. No salga usted de esta casa; crea usted en mí, Rosina... Con todas las amarguras, es donde menos ha de sentir usted la crueldad de la vida.

ROSINA. ¿Y es usted quien lo dice?

CIPRIANO. Sí. ¡Yo, que la quiero con toda mi alma; yo, que he pensado por usted en todo; yo, que sería capaz de todo por verla a usted dichosa! ¡Usted no sabe! Por usted han vuelto a despertar mis ambiciones literarias. En mi corazón rebosaba el sentimiento; creí que en mi inteligencia rebosaban las ideas. Ahora sí, ahora será la obra soñada, me decía...; ¡soñada!, que al ir a escribirla, mi emoción era sólo una lágrima que caía sobre el papel. Pero una lágrima sobre el papel no

es una bella frase literaria que pueda conmover a nadie. Me revolvía contra mí mismo, contra las injusticias de la vida; mis manos golpeaban con rabia, pero un golpe sobre el papel no es un brillante apóstrofe de indignación que pueda conmover a las muchedumbres. ¡Ya es tarde, ya es tarde! La vida ha dejado caer toda su pesadumbre sobre mí. Con todo mi cariño, ¿qué puedo yo ofrecerla a usted? Mi cariño, mi nombre, mi casa..., con mi madre, con mis hermanas, que necesitan de mí, a quienes yo no puedo abandonar nunca. Compartir con nosotros la miseria, la miseria triste, la única tristeza que no disminuye al compartirse, porque es mayor y es más angustiosa compartida. Mi madre, mis hermanas, son muy buenas, la acogerían a usted con cariño, pero no pongamos a prueba su bondad. A los pocos días sería... lo mismo que aquí: las mismas palabras, los mismos silencios hostiles. Pero allí no serían sus hermanas de usted, no sería su madre; para usted sería más triste, y para mí... ¡No quiero pensarlo! Y son muy buenas, muy buenas... También su madre de usted, también sus hermanas de usted lo son... No son ellas. Es la crueldad de la vida. Esta vida que nos separa, que debe separarnos si queremos salvar lo mejor de nuestro corazón... ¡Los versos del poeta moribundo!

¡Es la vida la losa de los sueños!

Y si es triste enterrar los sueños de nuestra inteligencia, los sueños de arte, de gloria, tal vez inaccesibles..., ¿qué será enterrar estos sueños de amor y de bondad?

ROSINA. No, Cipriano. Estos sueños de bondad y de amor que la vida entierra, tendrán su resurrección en la otra vida. ¿No cree usted? Yo no puedo dudarlo. Cuando la vida era más triste, cuando podía dudar de todo, he visto asomarse para mí el cielo en los ojos del hijo mío y en el alma de usted, Cipriano.

CIPRIANO. ¡Adiós, Rosina! No saldrá usted de esta casa, ¿verdad?

ROSINA. No: sea mi losa. Aun puedo bendecir mi suerte; todos los días vendrá a levantar esta losa el án-

gel de mis sueños... ¡Adiós, Cipriano! *(Vase Cipriano por la derecha. Ha anochecido. Rosina enciende la luz que hay encima de la máquina de coser, cierra las maderas del balcón, coge una prenda de niño del envoltorio que dejó encima del costurero y se pone a coser a la máquina, y en este momento baja el telón pausadamente.)*

FIN

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.

El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem id.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El Nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La Ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.*)

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los Cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2** pesetas.